

CARTA DE LA NIÑA OLVIDADA

Querido mío:

Hace tanto, tanto tiempo, que mi nombre ya no significará nada para ti. Nos conocimos siendo niños... o casi. Yo tenía quince años y fui a pasar el verano a casa de mi abuela Carmen, la de las tortas, ¿te acuerdas de ella? Hacía tortas de maíz con miel de caña y todos los niños nos reuníamos delante de su casa, atraídos por el olor como una bandada de abejas zumbonas, ansiosas de dulzuras y cariño. La abuela Carmen abría la puerta casi como a escondidas, en el momento menos pensado aunque siempre esperado, y nos sacaba un platito lleno hasta arriba de aquellas tortas aromáticas, doradas como soles de otoño, hechas expresamente para los niños que sabíamos esperar. (Los recuerdos son mi perdición, me pongo a saborearlos y se me va el santo al cielo, como a los viejos).

Yo tenía el pelo muy largo y ondulado, y tú me llamabas sirena de azabache. Al salir de casa llevaba siempre una coleta muy repeinada, pero en cuanto doblábamos la esquina, me quitaba la goma en dos tirones y dejaba el cabello suelto, al viento. A ti te gustaba mirarlo; decías que no había dos rizos iguales, pero que todos eran hermosos, como las olas del mar cuando entra fuerte por la playa del Faro. Yo reía -¡era tan feliz todavía!- y sacudía la melena, quizá un poco coqueta, qué sé yo.

¡Cómo le gusta al destino coger nuestras convicciones, arrugarlas como un papel viejo y tirárnoslas a la cara, con burla, con coraje! Pero, déjalo, calla, no hablemos de eso...

Quizá ya vas recordándome, ¿verdad? Acaso bajas a la playa a releer esta carta, y el olor a sal y a ausencia te traiga mi memoria... Yo era bajita, poquita cosa, siempre lo he sido, pero tú decías que era guapa y me cogías la mano en cuanto los demás se descuidaban. Era mi primer verano en el pueblo y tú juraste que lo haríamos inolvidable.

Después he vuelto dos veces más; la primera, te busqué en cada rostro, en cada cabeza rubia y erguida que veía a lo lejos; no te encontré. Si lo hubiera hecho, tampoco me habría servido de nada. Yo llevaba el pelo recogido en una trenza y una sonrisa clikclak, de esas que te estiran la boca cuando la vida te lo exige, como quien acciona el interruptor de la luz. Trenza tan tensa que no escapaba ni un cabello, brazo de hombre que no sabe ser hombre apretado en torno a mi cintura, cuerda alrededor de mi cuello para controlar el aire que entra o sale del pecho. El destino, burlón...

La segunda vez, sí nos encontramos. Tus ojos resbalaron por mi cuerpo. Me sentí hinchada -comer llena tantos vacíos-, avejentada, triste, fea... Pensé: contigo, mi piel nunca habría estado enamorada, no dormiría con miedo, no desearía la muerte... Contigo, seguiría siendo la niña morenita que se soltaba el pelo al doblar la esquina. Sin ataduras. Libre. Mujer; persona. Entonces, se dilataron tus pupilas; me habías reconocido. Quise gritar, pero tú ya no estabas. Me pasaste de largo, como pasa la vida.

Se acerca otro verano y otra vez aquí estoy, anclada, sola, la sombra de una sombra, como una refugiada sin patria a la que regresar ni hogar que la reciba. Sabes, no sé siquiera el porqué de esta carta; tal vez sea para ti porque no tengo a nadie a quien enviarla ya. Nadie mira el reloj impaciente por mi retraso. Cuando nadie te espera, el tiempo se parece al fondo de esos pozos oscuros donde la luna baila cuando cae una piedra, y luego el agua vuelve a quietarse y era todo mentira, falsa alarma.

Me iré al atardecer. En el Cabo Rocosó, las olas, cual inquietos caballos, parecen brincar aguardándome. Me dejaré mecer como en una gran cuna, ceñida al fin por un brazo que no daña, que no golpea, que me recuerda a ti. Ojalá el tiempo pudiera retornar, como la espuma blanca, hasta la orilla del pasado...

Y sería siempre tuya, aunque no pueda serlo.

La chica que nunca te olvidó.